

Andrés Bello y la enseñanza de la Historia

FERNANDO CAMPOS HARRIET
De la Academia Chilena de la Historia

En el Prólogo al Tomo IX de las *Obras Completas de Andrés Bello*, titulado *Temas de Historia y Geografía*, Mariano Picón Salas nos hace la trayectoria del maestro en las disciplinas históricas¹. Parte de un documento preciso: el Catálogo y Tasación de la Biblioteca de Don Andrés Bello hecho por Don Diego Barros Arana, firmado en Santiago, el 5 de junio de 1867, en el que se asigna a la Colección un valor de \$ 4.742,85 —“Buenos pesos, de 48 peniques”—. La Biblioteca fue adquirida por la Universidad de Chile.

Analiza el ilustre profesor venezolano el contenido de los libros de historia acumulados por Bello y tasados por Barros Arana, en los cuales se sigue el derrotero de las lecturas históricas de don Andrés. No era la del maestro una Biblioteca extensa; pero sí lo era selecta. Alcanzaba a unos dos mil volúmenes. Es indudable que los conocimientos históricos de Bello sobrepasaron en mucho el contenido de estas obras y que ellos se nutrieron de todas las fuentes que tuvo a mano, en archivos y bibliotecas públicos o privados. Pero la selección que nos muestra su Biblioteca nos sirve para conocer sus preferencias y sus libros de Historia más utilizados.

Eran las de Derecho, Literatura y Gramática las colecciones más vastas de la Biblioteca del sabio venezolano; las seguía la de Historia.

Desde el retiro de su Biblioteca observaba Bello los violentos cam-

¹ ANDRÉS BELLO. XIX. *Temas de Historia y Geografía*. Ministerio de Educación. Comisión Editora de las Obras Completas de Andrés Bello. Biblioteca Nacional. Caracas, Venezuela, 1957, pp. XI-LXII.

bios de la historiografía en un siglo tan cargado de sentimiento historicista como es el XIX: por lo mismo, la parte histórica es una de las sorpresas más gratas del Catálogo. Nos dice Mariano Picón Salas: “En su larga vida Bello fue testigo de la mayor transformación en la ciencia histórica que hasta entonces conociera la cultura europea y —como hemos de verlo— no permanece inmune a ese momento que va del Enciclopedismo al Romanticismo. La Historia será método y conciencia viva en sus teorías lingüistas y gramaticales, en sus estudios jurídicos, en los opúsculos de tan varia lección que salieron de su pluma”.

El maestro estaba al día en la historiografía contemporánea y las novedades europeas le llegaban a través del *Journal des débats* y *La Revue de deux mondes*.

La Historia abarca muchas materias y, como la casa del Padre en la relación evangélica, tiene muchas habitaciones. Uno de estos compartimentos muy importantes, la Historia Literaria, ocupa buena parte del material histórico de la Biblioteca de Bello —todo el estante K—. A la Historia del Derecho corresponden algunos de los libros más caros y escasos de la colección tasada por Barros Arana, y ellos constituyen “todo un lujo de bibliófilo”.

Simultáneamente con el conocimiento de su biblioteca histórica, para conocer y calibrar la cultura histórica de Bello, necesario es adentrarse en las páginas del *Repertorio Americano*, donde demostró el maestro —entre muchas otras materias— su profundo conocimiento de la historiografía primitiva de América. Los cronistas de Indias le son familiares. Bello empezó su estudio por las bases: Las Casas, Oviedo, Herrera.

En el tercer tomo de *El Repertorio Americano* (Londres, abril de 1827) aparece su interesante ensayo titulado *Colección de los Viajes y Descubrimientos* por don Martín Fernández de Navarrete, en el cual “el resumen bibliográfico le sirve de pretexto para una explicación, bastante aguda y no desprovista de gracia estilística, de la empresa española en América”.

Que la Historia no oculte nada, que ningún prejuicio patriótico prevalezca contra la veracidad, es el pensamiento dominante de Bello en el gran debate que se iniciara en enero de 1827, al comentar, en el Tomo II del *Repertorio*, la edición londinense de las *Noticias Secretas de América*, hecha por David Barry.

Volviendo a la sección histórica de la Biblioteca de Don Andrés Bello, la historiografía moderna está representada allí, a partir de Vico y de Voltaire, por Herder y Burke, prolongándose en las obras más

importantes del Romanticismo histórico, todo lo cual ocupa buena parte de esta colección.

Bello inició sus trabajos históricos en Venezuela y en 1808, en un momento álgido para la historia del Imperio Español. Son tres grandes estudios de los cuales el *Resumen de la Historia de Venezuela* es una esquemática síntesis del acontecer histórico de ese país hasta 1808. No es el momento de adentrarnos en el contenido de esas obras. En sus años londinenses Bello asiste a los debates que suscita la Historia racionalista, que parece conducir a una meta, ya divina, ya revolucionaria y la Historia empírica que conduce al compromiso o la serena meditación, como ocurre en la propia vida política inglesa. Francia anatematizaba con un apocalipsis revolucionario que encendería a Europa y a pueblos más lejanos, mientras Hume preconizaba en el siglo XVIII la fórmula feliz del gobierno inglés que era un equilibrio armonioso entre autoridad y libertad. A la idea de revolución oponen los ingleses su teoría del Constitucionalismo, tan característica de la Historiografía liberal del siglo XIX.

En esos días londinenses aparecen los historiadores románticos, con quienes Bello coincide en la teoría del “color histórico”. Pero es sólo en esa dimensión la coincidencia. La moderación ática del temperamento del maestro y la “vieja prudencia clásica y empirista” le hacen precaverse de la historia genial, populista y libertaria a lo Michelet. El gran artista de la *Historia de Francia* le parecía demasiado teñido de revolución.

La cuerda lírica y ampulosa, grandilocuente, de la Historia romántica, no se condecía con la prosa clara, cartesiana, de sencilla elegancia de Bello. Y en esto, como en todo, el estilo es el hombre.

En su discurso de inauguración de la Universidad de Chile, en 1843, Bello expuso su pensamiento sobre como debían hacerse los estudios históricos en el amanecer del Chile republicano. Fue el 17 de septiembre de aquel año, en un acto público y solemne presidido por el Jefe de Estado. El Rector, Andrés Bello, leyó su extenso y armonioso discurso que ha sido considerado como uno de sus escritos más notables.

Decía el Rector:

“La opinión de aquellos que creen que debemos recibir los resultados sintéticos de la ilustración europea, dispensándonos del examen de

sus títulos, dispensándonos del proceder analítico, único medio de adquirir verdaderos conocimientos, no encontrará muchos sufragios en la Universidad”.

Y agregaba en otro párrafo:

“Sustituir a los estudios históricos por deducciones y fórmulas sería presentar a la juventud un esqueleto en vez de un traslado vivo del hombre social; sería darle una colección de aforismos en vez de poner a su vista el panorama móvil, instructivo, pintoresco, de las instituciones, de las costumbres, de las revoluciones de los grandes pueblos y de los grandes hombres; sería quitar al moralista y al político las convicciones profundas que sólo pueden nacer del conocimiento de los hechos; sería quitar a la experiencia del género humano el saludable poderío de sus avisos, en la edad, cabalmente, que es más susceptible de impresiones durables; sería quitar al poeta una inagotable mina de imágenes y de colores”.

Bello precavió a los estudiosos de la Historia de caer o admitir errores. En esto era inexorable. En su *Filosofía del Entendimiento*² advertía al estudioso sobre las causas del error. No se trata de oponer siempre a la Historia filosófica “una rastrera historia fáctica” pero señala los peligros de caer en el error, que si se trata de conocimientos históricos o morales, pueden ser gravísimos:

“Una memoria infiel introducirá falsos datos y omitirá los verdaderos. Una imaginación ardiente se figurará lo que no es y desnaturalizará los hechos. Seremos excesivamente sensibles a ciertas cualidades de los objetos, y pasaremos por alto las otras. En suma, adoptaremos muchas veces premisas inexactas, de que deduciremos lógicamente consecuencias erróneas”.

“Las predisposiciones y estados morales obran de la misma manera. Por una parte, llamando la atención con más fuerza a ciertos objetos, a ciertas cualidades y relaciones, y dándoles así una preeminencia indebida; o por otra parte vician el proceder deductivo, haciendo que el entendimiento se adhiera a sofismas, o exagere el valor de las consecuencias legítimas. Así los que están en posesión de los altos destinos públicos, representan regularmente las cosas bajo una luz favorable; mientras que sus menos felices rivales las pintan con otros

²Obras Completas de Bello. *Filosofía del Entendimiento*, Caracas, Tomo II, pp. 522-533. Citado por Mariano Picón Salas, *Prólogo*, Ob. cit.

colores; y aunque mucha parte de esa discrepancia deba atribuirse a la falta de sinceridad de unos y otros, otra parte no pequeña proviene de otras afecciones morales y de los diferentes matices con que la fortuna próspera o adversa presenta a los espectadores unos mismos objetos³”.

Bello previene contra el apasionamiento y la actitud temperamental. ¡Que la fiebre de la mano no tempere el frío acero de la pluma!

En 1830 el *Colegio de Santiago* quedó a cargo de don Andrés Bello; en 1832 se refundió en el Instituto Nacional. En esos dos años Bello educó a la juventud. Después dio lecciones particulares en su casa. Su vocación por los estudios históricos y su concepto de la Historia con el doble valor ético y estético que le asigna, llevó a don Andrés Bello a incluir en los Estatutos de la Universidad un artículo en que se disponía que cada año “uno de sus miembros académicos debía leer en sesión solemne un discurso o memoria sobre la Historia patria”. Bello, como más tarde en Francia, Renán, sostiene que “casi la Historia no puede empezar su labor sino cuando la erudición ha terminado la suya”. Muchas de sus tesis sobre método histórico que sostendrá en coloquios o diálogos con sus discípulos, aparecen en un artículo de *El Araucano* (6 de septiembre de 1844) al hacer la crítica al libro de Claudio Gay, encargado por el Gobierno de Chile. Bello descarta los cargos de carencia de fundamentos filosóficos y de exceso de datos precisos, que se hacen a la obra. Escribe el maestro:

“En cuanto a la falta de cierta miras filosóficas elevadas que algunos imputan como defecto a la presente obra, estamos por decir que para nosotros es más bien un mérito. El prurito de filosofar es una cosa que va perjudicando mucho a la severidad de la Historia, porque en ciertas materias, el que dice filosofía, dice sistema; y el que profesa un sistema lo ve todo a través de un vidrio pintado, que da un falso tinte a los objetos. ¿Para qué añadir a tantos peligros como corre la verdad en manos del historiador por las afecciones de que le es imposible despojarse, una nueva causa de ilusión y de error? ¿Se refieren con fiel puntualidad los sucesos, se nos hacen ver las ideas, los intereses, las pasiones, las preocupaciones de la época? Estamos satisfechos. Haya en buena hora historias filosóficas “ex profeso”, o filosofías de la historia, que revisen y compulsen los testimonios precedentes, y los presenten bajo la forma de un drama romántico, o de una nueva teoría política,

³Obras Completas de Bello. Caracas, Ob. cit. pp. 524-25.

religiosa, humanística o fatalista. Don Claudio Gay no se ha propuesto ese objeto”.

Siendo Bello Rector de la Universidad de Chile, y estableciéndose en sus Estatutos la obligación señalada de presentarse anualmente una memoria histórica sobre algún acontecimiento de historia nacional, y debiendo el Rector señalar la persona designada para la investigación, dio Bello cumplimiento a la ley y con ello empezó en gran escala a hacer su enseñanza de la historiografía en Chile. Bello nos enseñó a hacer la Historia.

La primera memoria la encargó Bello al más distinguido de sus discípulos, al que mejores dotes ofrecía para la carrera literaria, a don José Victorino Lastarria. El trabajo se titulaba *Investigaciones sobre la influencia social de la Conquista y el sistema colonial de los españoles en Chile*.

“Por desgracia —dice don Domingo Amunátegui Solar— en esta obra el autor reveló poseer las condiciones de un publicista, no las de un historiador”⁴. Lastarria no hizo una investigación personal; dejó el estudio de las fuentes al crédito de otros historiadores. Por otra parte fue uno de los primeros y más enconados detractores de la Madre Patria en la nueva generación republicana. No demostraba ninguna serenidad; sólo había pasión para juzgar a España.

Ello es que a Bello no satisfizo en nada el ensayo de su discípulo predilecto. En sus artículos de 8 y 15 de noviembre de 1844, que publicó *El Araucano*, se limitó a elogiar lo que era digno de aplauso y guardó en lo más secreto de su alma el fondo de su pensamiento.

La segunda memoria histórica fue escrita por don Diego José Benavente con el título de *Las Primeras Campañas de la Guerra de la Independencia*. La principal base de este trabajo era el *Diario Militar* de José Miguel Carrera, que se encontraba inédito. El tema y el documento aseguraban el éxito del ensayo. Este tenía, sin embargo, otro mérito: “sus capítulos estaban perfectamente distribuidos y era digna de aplauso la moderación en los juicios, aún cuando Benavente había sido uno de los actores del drama”.

Barros Arana estima que la obra, indudablemente, había tenido por corrector al propio don Andrés Bello; pues el arte de la narración y la limpieza del lenguaje no podrían atribuirse a nadie sino a él. Benavente carecía de toda práctica literaria. La Memoria indicada, por lo

⁴FERNANDO CAMPOS HARRIET. *Historia Constitucional de Chile*, Editorial Jurídica de Chile, 5ª edición, 1977, p. 191.

demás, había sido compuesta de conformidad con las normas aconsejadas por el rector⁵.

La tercera memoria universitaria dada a conocer en la sesión solemne de 11 de octubre de 1846, se debió a la pluma de don Antonio García Reyes. Ella se refería a la *Primera Esquadra Nacional*. Bello, desde las páginas de "El Araucano", no escatimó sus elogios, haciéndole leves observaciones "sobre la falta de corrección en el lenguaje".

La cuarta memoria fue obra de don Manuel Antonio Tocornal; versó sobre *El primer gobierno nacional*, "en cuya redacción definitiva debió sin duda tomar parte el eximio literato que era el rector de la Universidad"⁶.

Tocó al presbítero don José Hipólito Salas, más tarde célebre Obispo de La Concepción, el encargo de preparar la quinta memoria histórica, presentada a la Universidad en 1848. Versaba sobre *El servicio personal de los indígenas y su abolición*, título bajo el cual comprendía la relación de la tentativa de los padres jesuitas, bajo el padre Luis de Valdivia, para implantar, a principios del siglo XVII, el sistema de la guerra defensiva.

Siguieron las memorias de don Salvador Sanfuentes: *Chile desde la batalla de Chacabuco a la de Maipo*; de don Miguel Luis Amunátegui, *La Reconquista Española y La Dictadura de O'Higgins*. Esta obra de Amunátegui es una de las más notables que se han escrito sobre el tiempo, la vida y obra de don Bernardo O'Higgins. ¿Hasta qué punto la dirección del maestro Bello guió el propósito del discípulo? ¿Hasta qué punto intervino sólo en lo formal, no en pensamiento? El libro es de tesis, a la vez que de historia, y de agudo carácter polémico. Consta que Bello, que jamás adhirió a un partido político determinado, colaboró con Montt en su obra educacional, legislativa y cultural. Nos decía el maestro Gabriel Amunátegui Jordán, nieto de don Miguel Luis Amunátegui, que esta obra había sido escrita con el decidido propósito de atacar el gobierno de Montt, el presidente autócrata, que ya desde los días en que era el "hombre fuerte" del gobierno de Bulnes, manifestaba su tendencia autoritaria, que hizo de su personalidad enseña de combate para los liberales. Gobernaba a la sazón el gran presidente conservador, en quien los intelectuales de la época creyeron ver rasgos y relieves dictatoriales. Amunátegui habría, pues, apuntado sobre *La Dictadura de O'Higgins* de mampuesto, para disparar contra el gobierno de Montt.

⁵BARROS ARANA. *Un Decenio de la Historia de Chile*. t. II, pp. 442-450.

⁶BARROS ARANA. Ob. cit. t. II, pp. 442-450.

Amunátegui analiza en esta obra sectores históricos que empiezan en 1767, año en que arriba a Chile don Ambrosio O'Higgins. Pensador atrevido, a la vez que destacado literato, con su estilo frío, liso, de clásica sencillez, nos da una muy acabada estampa física y moral del vencedor de Chacabuco y de sus principales amigos y colaboradores; como asimismo, en el reverso de la medalla, la vera efigie en relieves sobresalientes, de los infortunados Carrera.

Es esta obra fundamental en el conocimiento de nuestra historia constitucional y en la formación de la tradición jurídica. Sigamos con las memorias históricas que Bello dirigió, posteriores a la de Amunátegui: Domingo Santa María: *Chile desde la caída de O'Higgins hasta la Constitución de 1823*; Melchor de Santiago Concha: *Chile desde 1824 a 1828*; Diego Barros Arana: *Las Campañas de Chiloé*; Federico Errázuriz Zañartu: *Chile bajo el imperio de la Constitución de 1828*; Vicuña Mackenna: *La Guerra a Muerte*, etc. Ya sin la dirección de Bello, estas memorias continuaron presentándose hasta 1925⁷.

Así se fue escribiendo la Historia de Chile: en gran medida, don Andrés Bello la enseñó a hacer.

Son estas memorias la más preciosa fuente de nuestra historia nacional y, asimismo, de nuestra historia constitucional.

⁷*Historia Constitucional de Chile*, de Fernando Campos Harriet, Ob. cit., pp. 190-193.